

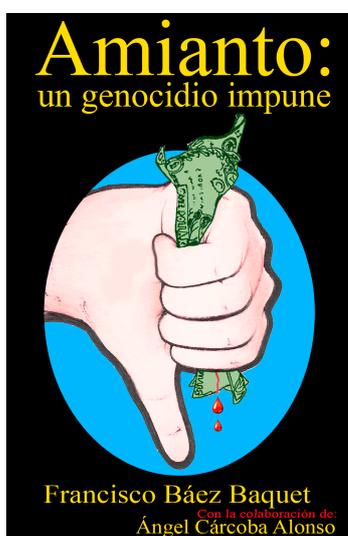
Amianto: un genocidio impune

Paco Puche

Marzo de 2014

“...Poseen la libertad del furor asesino que jamás ha sido frenado, envenenan nuestros ríos y nuestros mares, nuestros enfermos, nuestros viejos, nuestros hijos en las entrañas de sus madres, nuestros ocios, nuestras familias, nuestra facultad de confiar, de amar y de llorar.” Günter Wallraff.¹

Paco Báez Baquet, antiguo trabajador de Uralita en Sevilla y activo sindicalista, acaba de publicar en Ediciones del Genal de Málaga un libro con el mismo título de este artículo.



Con más de treinta años de investigación sobre el amianto a sus espaldas y siendo un pionero de la lucha contra la industria de este mineral en España es, quizás, uno de las personas que mejor conoce, en la teoría y en la práctica, en todo el mundo este delicado y espinoso asunto.

Este libro que reseñamos de cerca de 500 páginas no es sino una tercera parte de toda la obra que tiene en disposición de publicar en el futuro. Cuando esté todo editado será como una gran enciclopedia del amianto en el mundo a la que estudiosos, juristas, administraciones, personal de la salud, víctimas y activistas habrán de acudir habitualmente. No exagero. No hay en castellano ninguna obra que se le parezca². Pero es más una obra de consulta obligada que un libro de lectura continuada, por su

¹Günter Wallraff (2000): *El periodista indeseable*, Barcelona, Anagrama.

² Los pocos libros publicados sobre el amianto en España (cinco originales y dos traducciones en 36 años) son los siguientes: *El amianto mata*, del Centro de Estudios y Documentación Socialista, CEDOS, 1978; *El amianto en España*, coordinado por Ángel Cárcoba, ediciones GPS, 2000; *Amianto: impacto sobre la salud y el medio ambiente*, de CCOO de Andalucía, 2007; *La fibra asesina. El amianto*, del Col·lectiu Ronda, 2008; *La mentira del amianto. Fortunas y delitos*, de Maria Roselli, ediciones del Genal, 2010; *La lana de la salamandra*, de Giampiero Rossi, ediciones GPS, 2011 y *El amianto: un genocidio impune*, de Paco Báez, ediciones del Genal, 2014.

densidad y prolija información.³ Es por tanto un relevante acontecimiento, no solo editorial.

Ediciones del Genal se ha mostrado también como una editorial preocupada por esta tragedia tan intencionadamente olvidada. En 2010 tradujo del francés el libro de la periodista suiza Maria Roselli titulado *La mentira del amianto. Fortunas y delitos*, dedicado expresamente a la multinacional Eternit, oligopolio mundial del amianto, y en la que tenía especial relevancia la familia suiza Schmidheiny. El último vástago de esta familia, heredero de su criminal fortuna, acaba de ser condenado en Turín a 18 años de cárcel por la muerte de más de dos mil personas de sus tres fábricas de Italia (tenía otras por todo el orbe). Por eso hoy recorre el mundo disfrazado con la máscara filantrópica de la fundación AVINA. La impunidad empieza a resquebrajarse.

La tesis central del libro es que la industria del amianto (o asbesto o uralita) es un genocidio y corre el peligro de que quede impune.

Para muestra lo que sigue:

“El médico forense Dr. Gerrit Schepers, en un informe sobre una inspección realizada en 1949 a la mina de amianto de Penge, en la provincia de Limpopo, en Sudáfrica, denunciaba que:

“La exposición era brutal y sin control. Vi niños dentro de grandes bolsas de transporte, pisoteando la esponjosa amosita, que a lo largo de todo el día iba cayendo sobre sus cabezas. Un corpulento supervisor les mantenía pisoteando el amianto con brío, con ayuda de una pesada fusta. Creo que esos niños sufrieron la máxima exposición posible al amianto. Las radiografías revelaron que varios de ellos sufrieron asbestosis radiológica con cor pulmonale, antes de los 12 años.”

De los 7.500 demandantes registrados en el año 2001, el seis por ciento –es decir, 450-, habían trabajado ya en las minas, cuando tenían menos de siete años.

En la mina Keikamspoort, cercana a Ciudad del Cabo, a los niños, empleados en el procesado del crudo de amianto, se les pagaba con golosinas.

*Desde 1941 hasta 1992, los hermanos Schmidheiny asumieron un papel preponderante en la propiedad de la minería del amianto en Sudáfrica”.*⁴

¿Genocidio?

En mi trabajo “El genocidio del amianto”⁵ proponía que “es necesario culminar la construcción social de la referencia al amianto como la perpetración histórica de un genocidio. Decir “amianto” (o “asbesto” o “uralita”) debe suscitar en la sociedad la imagen de unos genocidas y la de un magnicidio industrial”. Y esto es lo que el libro de Paco Báez viene a demostrar de forma inequívoca. Desde el título a la última página el autor muestra una contundente documentación que hace de este crimen un magnicidio.

Como mantiene Alejandro Teitelbaum⁶ es posible invocar, contra dirigentes de sociedades transnacionales, ante los tribunales como derecho vigente el artículo 7

³ Solo la bibliografía citada y consultada ocupa mil páginas.

⁴ Báez, P. (2014): *Amianto: un genocidio impune*, Ediciones del Genal, Málaga, p.9

⁵ En Sin Permiso, agosto de 2013 :<http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/amiantogen.pdf>

⁶ Teitelbaum, A. (2010): *La armadura del capitalismo. El poder de las sociedades transnacionales en el mundo contemporáneo*, Icaria, Barcelona. p.290

(crímenes contra la humanidad) del Estatuto de la Corte Penal Internacional (Roma 1998), en particular el inciso 1 apartado k): ‘otros actos inhumanos que causen grandes sufrimientos o atenten gravemente contra la integridad física o la salud mental o física’...o el artículo II, inciso c) de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio: ‘sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial’”.

Para que haya genocidio, según la ley internacional, tienen que darse pues tres condiciones: destrucción física o grandes sufrimientos sobre un grupo, carácter sistemático e intencionalidad.

Sobre la **destrucción física** o grandes sufrimientos sobre un grupo basta recordar las cifras, poco sospechosas de exageración, y que no hay que cansarse de repetir, de la OMS (Organización Mundial de la Salud): “En el mundo hay unos 125 millones de personas expuestas al asbesto en el lugar de trabajo. Según los cálculos de la OMS, la exposición laboral causa más de 107 000 muertes anuales por cáncer de pulmón relacionado con el asbesto, mesotelioma y asbestosis”⁷. De los expuestos, la mayoría acaba con algún tipo de enfermedad y en torno al 10% con mesotelioma. Además, hasta un 30% más de afectados sobre la cifra anterior lo son por contaminación familiar (los trabajadores llevan a sus casos el polvo del amianto) y ambiental. En total 150.000 muertes cada año.

Y si riesgo es el producto de la probabilidad de que ocurra un suceso y el daño potencial asociado (riesgo = albur * daño), cuenta Báez que “en la Cámara de los Lores, en 2002, estos estimaron en un veredicto, que precisamente porque, en teoría, **una sola fibra** de amianto inhalada, puede bastar para desencadenar una patología asociada, cualquier situación de exposición debía de ser considerada suficiente para ser tenida en cuenta, como base de una demanda de indemnización”⁸. O sea, el amianto es un mineral de alto riesgo.

Sobre el cumplimiento de este requisito no cabe duda de que las actuaciones de la industria del amianto pueden constituir un delito de lesa humanidad.

El carácter sistemático lo corrobora el hecho de que hablamos de una exposición industrial, diaria, continuada en el tiempo y que en los países más industrializados ha abarcado cerca de cien años, y en la mayoría de los restantes, en los que aun no se ha prohibido, no sabemos cuanto durará. Nada más sistemático que hacerlo todos los días sin apenas descanso.

Sobre la intencionalidad, y es este el capítulo en que el libro de Báez resulta abrumador, podemos decir que los industriales sabían la letalidad del mineral desde hacía muchas decenas de años.

Las páginas 161 a la 246 del libro que reseñamos son la descripción años a año, y durante todo el siglo XX, de un rosario de acontecimientos públicos tanto científicos, como jurídicos, políticos y económicos que muestran que, efectivamente, los industriales y los capitalistas sabían de la letalidad del mineral Y una prueba indirecta de este conocimiento puntual han sido los múltiples esfuerzos que la industria el

⁷ En: <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs343/es/>

⁸ Báez, P (2014): o. c. p 241

amianto ha realizado para conseguir lo que Báez llama una *conspiración del silencio*, a lo que dedica dos tercios del libro.

Son muchos los modos de los que la industria se ha valido para silenciar esta barbaridad, según se nos cuenta en el libro que comentamos.

Lo primero que hay que resaltar es que ya en 1929 se constituye el cártel de la SAIAC (Sociedad asociada de la industria del amianto-cemento), en la que participan empresas belgas, francesas, alemanas, austriacas, húngaras, checoslovacas, holandesas, inglesas, españolas, italianas y suizas, bajo la dirección de estos. Por un documento desarchivado de la Turner & Newall (unas de las empresas importantes del cártel) se conoce que:

“Los objetivos del Cártel son entre otros:

“El Intercambio de conocimientos técnicos; establecimiento en Suiza de un Instituto de Investigación para toda la industria del amianto-cemento; la fundación de nuevas industrias en países neutros; la organización de asuntos concernientes a las exportaciones; la estandarización de la cualidad de los productos y la reducción de los productos inútiles y la asistencia mutua para el aprovisionamiento de materias primas en las mejores condiciones.

La posición europea del amianto-cemento es así racionalizada y nosotros esperamos **obtener grandes beneficios** gracias al mejoramiento técnico y económico. Esta Liga de Naciones en miniatura tiene por delante un gran porvenir, porque está basada en el principio de asistencia mutua que reemplaza la atmósfera anterior de desconfianza y suspicacia”.

En 1985, la SAIC, cambia su nombre por el de Amiantus, sin dejar por ello de estar en manos de los magnates suizos del amianto y sin dejar el lobby.

Pero antes, en 1978, el grupo suizo funda la Arbeitskreis Asbest con el fin de influir sobre la opinión pública y hacer de lobby para impedir la clasificación del amianto en la categoría de toxicidad “1”, que les hubiese dificultado enormemente la venta. Logran detener la clasificación cerca de diez años. Se disolvió el lobby en 1994 cuando ya en Europa avanzaban los países que estaban prohibiendo el uso del amianto.

Así controlaron no solo el mercado sino la información y la recepción pública y legal de la toxicidad del amianto.

La intencionalidad ha quedado también demostrada en el proceso de Turín que, en junio de 2013, ha condenado a Schmidheiny a 18 años de cárcel. Como he relatado en otro lugar a propósito de este juicio se puede decir que “con mucho, lo más importante ha sido el descubrimiento de que Stephan Schmidheiny tenía perfecto conocimiento de la letalidad del trabajo con amianto y que a pesar de eso continuó con el negocio. En efecto, el tribunal ha demostrado cómo en la conferencia de Neuss celebrada en Alemania en 1976, S.Schmidheny, ante una audiencia de unas 30 personas todos ellos gerentes de sus empresas Eternit en Europa, dijo que él sabía que el asbesto era nocivo y peligroso para la salud, que ellos debían ser conscientes de ello pero que si otras personas se hacían también conscientes tendrían que cerrar o tomar medidas económicas al respecto. Por lo tanto advirtió a sus directivos que había que medir muy bien el tipo de información que se daba, decir que el asbesto no era perjudicial y que, en cualquier caso, no causaba la muerte dado que su riesgo podía ser controlado. Por ello, obviamente, la sentencia le acusa de “desastre intencionado”. Por esta razón el

Presidente del Tribunal ha comparado a Schmidheiny con Hitler. En efecto, durante la tercera audiencia celebrada el 19 de febrero de 2013, el juez Ogge comparó la estrategia de Eternit con la estrategia nazi de deportar judíos a Madagascar (1939 a 1941), un plan que más tarde fue reemplazado por las deportaciones a los campos de exterminio. La prensa era muy contundente en sus comentarios, decía: “paralelo entre Schmidheiny y Hitler”. Así lo recogía la Stampa de Turín al día siguiente de las declaraciones del presidente del tribunal.



Pero, ¿y por qué impune?

¿No estamos ganando juicios en todo el mundo? ¿No ha sido condenado a 18 años de cárcel, en el juicio de Turín, el que fue el mayor magnate del amianto en el mundo, Stephan Schmidheiny, hace apenas unos meses y en segunda instancia? ¿No podemos albergar la esperanza de que ganemos la batalla de la opinión pública y que los jueces, más informados, sean más proclives a hacer esta gran justicia pendiente? ¿No será el libro de Paco Báez una fuente de instrucción para abogados, médicos, jueces y fiscales, que nos ayudará a celebrar más victorias?

Paco Báez contesta que no, y él es muy tozudo en tratándose de amianto. Dice que todas estas esperanzas no son suficientes, y que tiene muchas razones, pero para mí basta con la que transcribo a continuación:

“La primera es la siguiente: el daño causado es tan inmenso, tan absolutamente inhumano, tanto a los trabajadores como a sus familiares y a otros ciudadanos no relacionados laboralmente con el mortal tóxico, como son los vecinos del entorno de las fábricas y talleres del amianto, al igual que los usuarios de los productos que lo contienen, que no hay justicia humana posible, y que, aún aplicada (y, como tendremos sobrada ocasión de comprobar, en una ingente cantidad de casos, no se habrá aplicado, y, si nadie lo remedia, tampoco se aplicará), **no puede equilibrar mínimamente la devastadoramente dantesca agresión generada**”⁹

La conspiración del silencio y el mesotelioma familiar

Los dos grandes capítulos del libro son éste mencionado de la “conspiración del silencio” y el último que trata el llamado “mesotelioma familiar”.

⁹ Báez, P. (2014): o.c. p.35

A esta dedicación de la industria y sus aliados por mantener en la ignorancia a los trabajadores y a la población, Báez dedica un contundente análisis de los modos y maneras como ésta, históricamente, se han ejecutado: desde la corrupción de la ciencia y de los científicos¹⁰, la desinformación que él llama “el suero de la mentira”, los Think Tanks, la guerra sucia, el tratamiento mediático, el chantaje de los acuerdos extrajudiciales con las víctimas a las que callaban de por vida, y un largo etcétera, se pueden leer en más de 200 páginas de información documentada.

La última parte del libro la dedica al “mesotelioma familia”, o el cáncer que se multiplica en las familias a causa del amianto, sin que la razón genética tenga nada que ver a pesar de las apariencias. Tiene que ver con el que era normal que varios familiares fuesen contratados en la misma empresa para acallar a unos con los otros; con la contaminación que los trabajadores llevaban a sus domicilios y con el hecho de vivir en las proximidades (algunos kilómetros a la redonda y según la dirección del viento) de las minas o empresas de amianto. El relato concreto de familias con nombres y apellidos del mundo entero resulta estremecedor, y a ello dedica unas 50 páginas.

En resumen un libro histórico en todos los sentidos, cargado de argumentos e informaciones irrefutables del carácter genocida de las prácticas continuadas de los industriales del amianto en el mundo, que fueron cuatro multinacionales y otras pocas grandes empresas, como Uralita en España.

Dedicatorias

Terminamos esta reseña por donde el libro empieza, por las dedicatorias.

Se ofrece, sobretodo, a las víctimas del asbesto. Cientos de miles habidas y otras tantas por haber pues el amianto sigue permitido en más de cien países.

Del sufrimiento y del dolor de los afectados por el mineral, la situación más extrema es la protagonizada por Eduardo Miño Pérez, con la que Báez inicia sus dedicatorias. Es el caso de un trabajador chileno en una empresa de amianto, que el 30 de noviembre de 2001, con 52 años, frente al histórico Palacio de la Moneda de Santiago de Chile, se suicidó quemándose “a lo bonzo” a la vez que hacía entrega de una carta a los aterrados transeúntes. En ella denunciaba a la industria Pizarreño y a las distintas administraciones por abandonar a los trabajadores y a sus familiares al veneno del asbesto y concluía, tratando de explicarse, diciendo: “mi alma que desborda humanidad, ya no soporta tanta injusticia”.

Por eso solemos decir que con las víctimas de tales magnicidios solo cabe la verdad, la justicia y la reparación.

Este libro servirá, sin duda, a este propósito.

¹⁰ Los casos de Doll y Wagner, científicos a los que tanto debemos en la lucha contra el tabaco y el amianto, resultan estremecedores pues finalmente cayeron en manos de la industria que les pagaba generosamente sus ambiguos informes.